



Exaltación

El mundo corre una carrera desenfrenada, esforzándose y luchando con capa y espada por la supremacía como el más fuerte, el más grande, el más genial, el más guapo y el más rico.

Mientras tanto, la religión gira sin cesar en la rueda de la constante búsqueda de la perfección, esforzándose por ser santa, obediente, digna, fiel y divinamente bendecida mediante el propio esfuerzo. Al final, todo se reduce a lo mismo: intentos inútiles de exaltarse a través del orgullo.

Santiago 4:6, NBLA

“Pero Él da mayor gracia. Por eso dice: «Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes».”

El Reino de Dios funciona con un sistema radicalmente diferente al del mundo: «Haz el bien y recibirás el bien; haz el mal y recibirás el mal». Sin embargo, gran parte de la Iglesia aún no comprende esta verdad. Anhelamos caminar en la gracia—experimentar el favor, el poder y la bendición de Dios, pero seguimos intentando ganárnoslos con nuestras propias obras y méritos. Este es el sutil orgullo contra el que advirtieron Santiago (Santiago 4:6) y Pedro (1 Pedro 5:5). El orgullo no es solo arrogancia; es confiar más en nuestros propios esfuerzos que en el favor inmerecido de Dios. En el momento en que dejamos de esforzarnos y abandonamos la búsqueda de méritos, la gracia fluye en nuestras vidas. Santiago y Pedro escribieron principalmente a creyentes judíos que se obsesionaban con las obras de la ley. Su tentación era centrarse en obras en lugar de confiar y descansar en la obra consumada de Cristo.

La humildad es una de las virtudes más incomprendidas, especialmente en los círculos religiosos. Muchos la confunden con la inferioridad: menospreciarse constantemente, sentirse insignificante y mantenerse bajo. Pero esa no es la humildad bíblica. La verdadera humildad consiste simplemente en estar de acuerdo con Dios acerca de quiénes somos en Cristo y depender completamente de Su gracia. Significa vernos exactamente como Dios nos ve: completamente perdonados, eternamente justos y abundantemente bendecidos. Insistir en que Dios nos ve como menos, es una forma de rebelión contra Su gracia. Por otro lado, aceptar nuestra nueva identidad como nuevas criaturas nos lleva a una dependencia gozosa de esa misma gracia. Desde esta posición, la humildad fluye naturalmente: elevando a los demás por encima de nosotros (Filipenses 2:3) y sirviendo. Sobre todo, vivimos con Jesús en el centro de nuestras vidas.

Santiago 4:10, NBLA

“Humíllense en la presencia del Señor y Él los exaltará.”

Cuando dejamos de intentar enaltecernos ante Dios mediante nuestros propios esfuerzos, Él comienza a enaltecernos, porque finalmente honramos la obra consumada y la gracia de Cristo. Cada vez que insistimos en depender de nosotros mismos, Dios nos deja intentarlo. Su gracia se derrama

abundantemente sobre los humildes, aquellos que reconocen abiertamente que no pueden ganar ni merecer Sus bendiciones, Su favor ni Su justicia. En el momento en que abandonamos nuestros propios esfuerzos y descansamos plenamente en Su gracia, Él interviene y realiza en nosotros y a través de nosotros lo que jamás podríamos lograr por nuestra cuenta.

Observen que nosotros debemos humillarnos—o someternos. Sin embargo, muchos afirman que Dios nos “quebrantará” o provocará dificultades hasta que finalmente nos sometamos. Imaginen a un esposo intentando esa estrategia con su esposa: forzando la sumisión mediante presión y dolor. La verdad es todo lo contrario: Dios no se dedica a humillarnos. Él está profundamente comprometido a edificarnos, restaurarnos y exaltarnos a Su debido tiempo. La verdadera humildad no es el resultado de un quebrantamiento divino; es la respuesta voluntaria de un corazón que confía y descansa en Su gracia.

La palabra griega que se traduce como *exaltar* es *hupsōō*, que significa levantar o elevar, ya sea literalmente (en posición o estatus) o figurativamente (en honor e influencia).

El libro de Ester ilustra maravillosamente este principio divino. Y no hay una imagen más clara de la exaltación divina que la de la propia reina Ester: una joven judía huérfana en el exilio, con una identidad oculta, que fue elevada por la mano misericordiosa de Dios al trono de Persia.

Ester 2:17, NBLA

“Y el rey amó a Ester más que a todas las otras mujeres, y ella halló gracia y bondad con él más que todas las demás vírgenes. Así que él puso la corona real sobre su cabeza y la hizo reina en lugar de Vasti.”

La historia de Ester comienza con una profunda ilustración de cómo la verdadera obediencia no es forzada ni impuesta, sino que es impulsada por la gracia. El nombre hebreo de Ester, *Hadassah*, significa «mirto», un símbolo bíblico de justicia (Zacarías 1:8-11). Esto no es una coincidencia. El camino para recibir la gracia y el favor de Dios comienza cuando creemos que ya somos la justicia de Dios en Cristo, completamente independientemente de nuestras obras.

Ester 4:14, NBLA

“...¿Y quién sabe si para una ocasión como esta tú habrás llegado a ser reina?».”

La palabra *llegado* aparece en la Septuaginta griega como *hupsoó*, que es la misma palabra que se encuentra en Santiago 4:10 como *exaltar*. Dios te exaltará públicamente, colocándote en una posición de influencia para que cumplas Su propósito en tu vida, «para una ocasión como esta».

El rey Asuero plantea la pregunta: “¿Cuál es tu petición?” cuatro veces a Ester y una vez a Amán (aunque el honor finalmente recayó en Mardoqueo). Esto suma cinco invitaciones en total. Cinco es el número bíblico de la gracia. Así como Ester entró en una etapa de favor extraordinario e inmerecido ante el rey, así también te sucederá a ti. Dios está abriendo puertas de favor sobrenatural, tanto con Él como con las personas. Prepárate para ser posicionado estratégicamente en tu carrera, negocio, ministerio y vida personal. Donde antes fuiste ignorado u oprimido, prepárate para un cambio divino: ascensos repentinos, honores y un avance acelerado. Esta es un tiempo de gratitud y celebración, mientras Dios te exalta. Por: Joyner Briceño